

Carlos Rafael Rodríguez

EL HAMBRE EN EL MUNDO (*)

Señor Presidente:

Al saludar su designación para dirigir nuestros debates, permítame agradecerle la atención y el afecto que el Gobierno y el pueblo de Italia nos han dispensado en esta histórica oportunidad, en que de nuevo todos los caminos del mundo han conducido a Roma.

Es el hambre lo que nos ha convocado a Roma esta vez. El hambre "perenne" —según la define el documento básico de la Conferencia— y el hambre "accidental" promovida por trastornos de la naturaleza, similares a la sequía que en 1973 costara a la humanidad 70 millones de muertes. No es necesario ya que, como en el "Génesis", el Faraón tenga un mal sueño para que José, el hijo de Jacob, la pronostique. Las "vacas flacas" surgen ahora de los datos de las computadoras. El hambre se anticipa en el análisis de los expertos agrícolas y los economistas y queda registrada en los informes de la FAO: ¡400 millones de seres humanos, entre ellos 200 millones de niños padecen esa hambre permanente que los conduce a la inanición y a la muerte!

Y todo esto ocurre aquí, en este mundo de abundancia aparente, donde empiezan a preocuparnos las dramáticas consecuencias que tendría, a breve plazo, la dilapidación de los recursos naturales a que se dedican unas cuantas "sociedades opulentas" en el seno de las cuales no deja de existir también —paradójicamente— el hambre.

La Conferencia Mundial de la Alimentación no puede abordar el problema del hambre y la amenaza mundial de escasez de alimentos con un criterio exclusivamente técnico. Es cierto que constituye un desafío a la ciencia y la técnica contemporáneas el hecho de que un trastorno natural como la falta de lluvia pueda seguir devastando regiones enteras, como el Sahel africano, y ocasionar millones de víctimas en los momentos mismos

(*) Discurso del representante de Cuba, Dr. Carlos Rafael Rodríguez, Vice Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba, en la Conferencia Mundial de la Alimentación de Naciones Unidas, realizada en Roma del 5 al 16 de noviembre de 1974.

en que el hombre conquista al cosmos. Sin embargo, el hambre que nos proponemos contener, la escasez mundial de alimentos que nos ocupa, tienen —sobre todo— un componente económico-social que es preciso subrayar si se quiere elaborar en esta Conferencia las formas adecuadas para empezar a resolverlas.

El punto trágico no está en los países capitalistas occidentales ni en aquellos países europeos que en los últimos sesenta años pasaron al sistema socialista. La casi totalidad de los 400 millones amenazados por la falta de alimentos se encuentra en Asia, Africa o la América Latina.

El que esta vasta zona del mundo padezca hoy del hambre en una proporción tan asoladora, el que su producción agrícola sea de tal modo ínfima que no alcance siquiera, en muchos países, los niveles de subsistencia, no se debe a circunstancias de ubicación geográfica ni a características raciales de sus pueblos. Es un hecho que deriva de la historia. Es una consecuencia del subdesarrollo. Y el subdesarrollo —hay que repetirlo sin cansancio— le fue impuesto a esos pueblos por el colonialismo y el imperialismo. En la India y otros países asiáticos, lo mismo que en ciertas regiones de la América Latina, existían, a la llegada de los ingleses y españoles civilizaciones agrícolas, con un dominio acabado de la hidráulica que los ponía a cubierto del hambre. El colonialismo, primero, y el imperialismo económico, después, quebraron esos mecanismos sociales pero no para trasplantar allí los progresos de Europa o, más tarde, las ventajas del crecimiento económico norteamericano. Convirtieron esos países en productores de materias primas, saquearon sus recursos naturales, impusieron regímenes opresores y los utilizaban en su provecho, cortaron el progreso cultural y condenaron al pueblo al analfabetismo y al atraso perennes. Sus bosques fueron diezmados ocasionando la erosión en la tierra. No es, por ello, un accidente histórico el que la productividad por hectárea en los países africanos y asiáticos sea incomparablemente inferior a la media europea o norteamericana y que los pueblos que allí han conquistado en las últimas décadas su independencia hayan tenido que arrancar de niveles subhumanos de cultura y de técnica y carezcan de los recursos esenciales para un verdadero salto al desarrollo.

Si decimos todo esto, no es con el ánimo de desviar la Conferencia Mundial de la Alimentación por los caminos del debate político, ni para recordar los agravios que los antiguos explotados acumulamos contra los que aprovecharon durante siglos nuestra riqueza. Es, Señor Presidente y señores miembros de la Conferencia, que, como se deduce de los documentos que se nos presentan y de las decenas de análisis de alto nivel científico de que disponemos sobre este problema universal, que si se aspira a que los países en desarrollo venzan el hambre y a impedir ade-

más que el hambre se convierta en un espectro que amenace a las sociedades más desarrolladas, será necesario un extraordinario esfuerzo técnico y económico. Y para ello se requiere una colaboración internacional en gran escala. No habrá solución del problema alimentario mundial sin una transferencia tecnológica y financiera en gran escala hacia los países retrasados o en desarrollo.

La experiencia nos dice, que eso no sería suficiente. Aunque el Informe a la Conferencia no insiste bastante sobre ello, precisa recordar que además de esas soluciones técnicas y financieras los países en desarrollo tendrán que realizar —como lo han demostrado hasta aquí todas las reuniones internacionales sobre el problema agrícola— una profunda reforma de estructura social en lo que respecta a la tenencia de la tierra, que rompa los obstáculos del latifundio improductivo y resuelva las limitaciones del minifundio destinado a una precaria autosuficiencia familiar.

Puesto que se congregan aquí, ante todo, especialistas en la agricultura de sus países y del mundo, no creemos necesario insistir sobre este tópico.

El mundo tiene que hacer frente, a la vez, a las contingencias que se derivan de trastornos naturales como la pasada sequía, —lo que hace indispensable establecer mecanismos de emergencia— y al problema constante y angustioso del retraso agrícola en las dos terceras partes de la tierra, que convierte aquellos accidentes naturales en catástrofe.

Ante la Conferencia se han presentado proposiciones destinadas a resolver tanto las situaciones de emergencia como los problemas de largo plazo dirigidos a la promoción de la producción de alimentos en el mundo. La Delegación de Cuba se prepara a colaborar activamente en la búsqueda de soluciones en ambos sentidos, pero quisiéramos concentrar nuestra atención en los problemas relativos a la escasez alimentaria en el llamado Tercer Mundo.

Los informes que se nos han presentado insisten en la necesidad de que los países en desarrollo alcancen la técnica agrícola que les permitirá incrementar su producción de alimentos de modo que ésta no sólo sirva para el autoabastecimiento de sus pueblos sino que contribuya a elevar el comercio mundial de productos agrícolas y a formar los necesarios excedentes que nos precaverán contra los desastres momentáneos y podrán servir también —si son debidamente utilizados— para la estabilidad del comercio mundial.

Al examinar ese problema los documentos aportan la cifras de financiamiento que se requerirán para estas transformaciones de la técnica sin las cuales los países en desarrollo seguirán teniendo economías agrícolas marginales. Las cifras lucen fabu-

losas, pero la experiencia indica que resultan, sin embargo, tímidas e insuficientes.

Hace siete años, en esta misma Roma y en el ámbito de la FAO, empezamos a discutir el tema bajo el signo de un hambre ya perceptible. Cuando la Delegación cubana dio sus criterios respecto al "Estudio sobre los Recursos para la Producción de Alimentos en el Desarrollo Agrícola", que se presentó a esa XIV Conferencia de FAO, expresábamos nuestra discrepancia respecto a los escasos insumos químicos y de maquinaria que en ese trabajo se estimaban necesarios para el incremento drástico de la producción a que se aspiraba. Impugnamos también los costos calculados para su financiación, pues nos parecían exigüos. Los datos que se nos entregan ahora confirman aquellas previsiones, tanto en lo que se refiere a la necesidad de fertilizantes como a las inversiones globales en la agricultura. Se admite ya por los organismos de Naciones Unidas que se requerirían invertir entre 16 y 18 mil millones de dólares durante cada uno de los años del quinquenio 1975-1980 para alcanzar una tasa de crecimiento en la producción agrícola del orden del 3-1/2 al 4%, y se destaca que de ese total, 5 ó 6 mil millones de dólares, deben provenir de la ayuda exterior.

La dramática situación resalta cuando se conoce que el nivel de financiamientos anual no pasa en la actualidad de los 1.500 millones. Si se le añade que las inversiones industriales para los fertilizantes que necesitan los países en desarrollo son del orden de los 6.500 millones de dólares y que sólo para un producto como el azúcar haría falta invertir no menos de 2.500 millones de dólares para acercar la oferta a la demanda hacia 1980, surge con toda claridad la dimensión verdadera del problema.

Los países en desarrollo no pueden resolver por sí solos esa tarea ciclópea. Y si no se resuelve, continuarán muriendo de hambre decenas de millones de niños y adultos. Ese es el problema principal que encara la Conferencia.

Los consejos técnicos son necesarios, pero no bastan. Si la "revolución verde" se estanca en un aparente fracaso, no es porque la técnica, en sí misma, fallara, sino porque faltaron las condiciones económico-sociales en que esa técnica tenía que implantarse. No habrá agricultura productiva sin fertilizantes y —en los trópicos— sin plaguicidas. No puede haberla sin sistemas de riego, pues la ciencia ha demostrado que es precisamente en las regiones tropicales donde menos puede confiarse a la eventualidad de una lluvia abundante pero mal distribuida en el tiempo. La mecanización supone equipamiento y combustibles. Y el nivel de recursos financieros para todos esos insumos no existe en nuestros países en desarrollo.

La solución no puede consistir, como postulan algunos, en abrir todavía más o en reabrir, allí donde la independencia na-

cional las cerró, las puertas a la presencia de las empresas privadas extranjeras para que, con el aporte tecnológico que les viene de su desarrollo, contribuyan a modernizar las agriculturas de los países retrasados. La experiencia de los viejos monopolios y las nuevas y no menos monopólicas empresas transnacionales es demasiado brutal y clara para que ninguno de nuestros pueblos confíe a ellos su porvenir.

Hace falta, por tanto, un esfuerzo colectivo mundial.

La obligación primera corresponde, en ese orden, a los países desarrollados que han sido metrópolis coloniales o neocoloniales de nuestros pueblos y que en gran medida edificaron su opulencia de hoy a costa del saqueo de las riquezas naturales de esos países que ahora están devastados y hambrientos. En lo que a América Latina se refiere, la deuda pendiente corresponde a Estados Unidos y, tarde o temprano, deberá pagarla. Sabemos muy bien que la Hidra de la recesión —con sus dos cabezas: inflación y petróleo— hace que esos países capitalistas poderosos se consideren eximidos de comprometer su ayuda para las tareas del desarrollo mundial. No podemos ignorar que el incremento en el precio del petróleo ha sido invocado para justificar la disminución futura de las contribuciones al desarrollo que a través de la OCDE y la AID se venían prestando. Será bueno, por ello, recordar en esta tribuna que sólo una parte pequeña de las llamadas “transferencias financieras para el desarrollo” constituyó hasta ahora una forma genuina de ayuda. El resto lo formaban préstamos e inversiones privadas, que produjeron a los países desarrollados intereses y utilidades superiores al monto de la colaboración que por otras vías estaban prestando.

Pero debe recordarse, además, que el origen de la bancarrota financiera internacional de los países capitalistas desarrollados y de la inflación que pone en peligro sus economías no está en el incremento del precio del petróleo sino ha de buscarse en la política concreta de los Estados Unidos. Como dijera hace poco el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba, Dr. Fidel Castro:

“No es justo culpar a los países petroleros de la inflación mundial y de la crisis monetaria internacional. La responsabilidad por tales problemas recae fundamentalmente en los propios Estados Unidos. Ellos impusieron a la comunidad de naciones el sistema monetario que daba al dólar una posición privilegiada frente a todas las demás monedas. Ellos inundaron al mundo y la reserva de los bancos centrales de casi todos los países con billetes norteamericanos que excedían con mucho su cobertura en oro; ellos bloquearon y alejaron a la comunidad socialista del comercio internacional; ellos iniciaron la guerra fría; ellos y sus aliados en los pactos militares invirtieron durante un cuarto de siglo cientos de miles de millones cada año en armamentos; ellos

promovieron la guerra de Vietnam, que costó más de 150.000 millones de dólares. El presupuesto de guerra de Estados Unidos sobrepasa la cifra de los 80.000 millones anuales y la CIA sola gasta cada año miles de millones. Es en esta funesta política imperialista donde están las raíces de la inflación y la crisis monetaria que surgió bastante antes que los aumentos de los precios petroleros. Ellos implantaron, en fin, la sociedad de consumo y el despilfarro sin límites de los recursos naturales de los pueblos. La elevación de los precios del petróleo, en todo caso, agudizó una situación de crisis desatada ya por la propia sociedad imperialista”.

Cualquier solución de los problemas económicos internacionales tiene que partir del respeto al derecho de los países en vías de desarrollo que poseen petróleo a defender esta riqueza nacional para que no sirva, como en el pasado, al enriquecimiento ilegítimo de las potencias colonialistas e imperialistas, sus monopolios y compañías transnacionales.

La pretensión de imponer a los países no desarrollados que tienen petróleo una política de precios destinada tan sólo a salvaguardar el funcionamiento equilibrado de las economías de las grandes potencias capitalistas y las ganancias de sus empresas transnacionales no sólo encontrará el más unánime repudio de todos los países en vías de desarrollo, aún de aquellos que carecemos de petróleo, sino que es insostenible a esta altura de la historia.

El Presidente Ford, con arrogancia que resulta anacrónica, ha recordado en Naciones Unidas y en Detroit que la guerra ha sido uno de los modos con los cuales se resolvieron en el pasado los problemas de la adquisición de materias primas. Y la invocación al uso descarnado de la fuerza militar se ha escuchado también en los salones del Capitolio de Washington. Por último, en círculos dirigentes de EE. UU. se habla de retener la exportación de alimentos para someter a los países petroleros.

Cuba conoce esos métodos imperiales. También a Cuba se la quiso poner de rodillas con el embargo de combustible y el bloqueo económico antes y después de emplear la agresión militar.

Pero, como lo demuestran la firme actitud de los países árabes y la respuesta corajuda y serena del Presidente de la República de Venezuela, señor Carlos Andrés Pérez, los pueblos no le temen ya a la guerra y están decididos a defender sus recursos y sus derechos. Perú, Panamá y México dieron también esos pasos. Y hemos escuchado aquí la firme declaración de la Argentina.

Los ejemplos de Vietnam y de Cuba están demasiado presentes para que el señor Ford pueda olvidarlos. Aunque el modo en que los Estados Unidos incumplen los Acuerdos de París e

intentan sostener al títere Thieu demuestre una peligrosa falta de perspectiva histórica. No podemos menos que lamentar la ausencia aquí del Gobierno Revolucionario Provisional de Vietnam del Sur. La Delegación de Cuba reitera en esta oportunidad el apoyo que nuestro Primer Ministro, Fidel Castro, ofreció a Venezuela y a los países petroleros en su pugna por afirmar la libre disposición de sus recursos naturales y por hacer que el petróleo, fuente de expoliación en el pasado, se convierta para sus poseedores retrasados en posibilidad de desarrollo y bienestar.

El petróleo, su distribución y su precio, inciden sin lugar a dudas en el problema de la alimentación mundial, que ha motivado esta Conferencia. Como fuente de energía eléctrica y automotriz, como materia prima de fertilización y otros productos químicos para la agricultura, la disposición de petróleo y su precio determinarán, en medida considerable, las posibilidades de crecimiento de la producción agrícola mundial y en particular la de los países en vías de desarrollo.

El efecto deteriorador que los precios actuales del petróleo tienen sobre la mayoría de los países capitalistas desarrollados, salvo Estados Unidos, podrá conducir a esos países a una crisis de tan hondas repercusiones que todo el sistema capitalista quedaría envuelto en ella sin posibilidades de recuperación.

Como luchadores por un mundo en que el imperialismo y el capitalismo desaparezcan para dar paso a una sociedad más justa y humana, esa quiebra económica, que confirmaría las previsiones de Carlos Marx, podríamos verla como un paso decisivo hacia el porvenir. Pero tal catástrofe, de la cual los países que han emprendido el socialismo y tienen economías coordinadas podrían salir sin ser definitivamente arrastrados a ella, provocaría, sin embargo, demasiados padecimientos para los trabajadores de los países capitalistas y comportaría el riesgo de un retraso demasiado prolongado para los pueblos que se esfuerzan por el desarrollo. No podemos, pues, abogar por esa solución apocalíptica de las contradicciones económico-sociales que son el centro del debate universal. Por ello estamos dispuestos a trabajar con todos aquellos que traten de evitar esa crisis de la economía internacional y quieran hacerlo por los caminos que conduzcan a un nuevo y más justo orden económico mundial, tal y como fue planteado en el Sexto Período Extraordinario de Sesiones de la Asamblea General de Naciones Unidas, celebrada en Abril de 1974.

La solución será posible siempre que los Estados Unidos y las grandes potencias capitalistas a las que éste quiere mover en su política antipetrolera comprendan que ha pasado la hora de las imposiciones pretorianas, que llegó la hora de las discusiones entre iguales.

No se trata de rebajar el petróleo para que la industria au-

tomovilística de Estados Unidos, Europa o Japón pueda seguir funcionando, o para que su petroquímica resulte rentable. De lo que se trata es de que el petróleo y también la bauxita, el níquel, el cobre, el azúcar, el café, el cacao, productos que constituyen para la gran mayoría de los países en desarrollo los únicos renglones de exportación y elementos decisivos en sus posibilidades de crecimiento económico, tengan un precio justo y adecuado que les permita eliminar el intercambio económico desigual a que los fuerzan los precios de las importaciones que a cambio de sus materias primas, muchas veces no renovables, reciben esos países en forma de fertilizantes, tractores, camiones, equipos constructivos y plantas completas.

El Comité Pearson, en su estudio sobre el desarrollo, realizado dentro de los marcos de la más estricta ortodoxia capitalista, reconoció paladinamente que si los países subdesarrollados empezaran a recibir precios adecuados por sus producciones de materias primas y productos agrícolas, sus necesidades de financiamiento externo descendería considerablemente.

El escenario de esta Conferencia Mundial de la Alimentación podría darnos oportunidad adecuada para iniciar un análisis en profundidad de estos problemas que ponen en peligro la economía mundial.

Permítaseme, a ese respecto, enunciar algunas ideas del Gobierno Revolucionario Cubano, al que represento.

Abogamos, en primer término, por que las resoluciones que surjan de esta Conferencia encaren con ese realismo necesario el problema de los precios para las materias primas y los productos primarios de los países del Tercer Mundo. El estímulo de precios adecuados será uno de los factores que promoverá el esfuerzo agrícola en países en que la agricultura es cada vez más retrasada y de subsistencia. Cuba sostiene además que el precio del petróleo debe ser considerado en el contexto de la correlación internacional de precios. El argumento de que el incremento de precio del petróleo promueve la inflación, no es sostenible porque en realidad su incidencia sobre el costo de los productos terminados es relativamente pequeña. Sin embargo, los trastornos que el precio del petróleo introduce en el balance de pagos son considerables, y no sólo ponen en peligro la estabilidad económica de países capitalistas desarrollados, sino —lo que es más grave— crea situaciones desesperadas a la mayor parte de los países en vías de desarrollo que carecen de petróleo, y no tienen la posibilidad de sustituir éste por la energía hidráulica o por otras fuentes energéticas.

La necesidad irremplazable de su petróleo da a los países petroleros del Tercer Mundo una fuerza que puede resultar decisiva en el proceso económico de nuestros días.

De una parte, esos países, al mantener su batalla en favor

de un justo precio a las materias primas de los países retrasados, juegan un papel vanguardia en la defensa de los intereses comunes de nuestros países en desarrollo y dan un ejemplo de la unidad necesaria. Por otra parte, los fondos que están recibiendo y recibirán como resultado de la valorización del petróleo, si fueran acertadamente empleados, podrían tener una función estabilizadora y estimulante en la economía internacional y servir —a la vez— al desarrollo de los países no petroleros.

El petróleo da derechos pero confiere también responsabilidades. El Primer Ministro, Fidel Castro, recordaba en ese contexto cómo para los países del Tercer Mundo sin petróleo u otras materias fundamentales “la elevación simultánea de los precios de los alimentos, los productos manufacturados, los equipos tecnológicos y la energía, pueden traer consecuencias desastrosas”

“¿Qué se les va a ofrecer a esos países?” —preguntaba—.

“Es hacia ellos —se respondía el compañero Fidel Castro— que las naciones petroleras con grandes excedentes financieros deben elaborar una estrategia de ayuda al desarrollo, que compense de algún modo el incremento del costo de la energía...”

En esa misma oportunidad, el Primer Ministro de Cuba recordaba cómo las grandes potencias capitalistas se disponían a hacer frente a los incrementos del petróleo elevando, como lo han hecho, los precios de los productos manufacturados, las maquinarias y los equipos tecnológicos. Señalaba la desdicha de que los países petroleros no constituyeran un conjunto políticamente homogéneo y que algunos de ellos se dedicaran a invertir miles de millones en Estados Unidos y otros países capitalistas industrializados, corriendo el riesgo de que el petróleo deje de ser para ellos instrumento de liberación y sus inversiones en Estados Unidos y Occidente los conviertan en “rehenes del imperialismo”.

Si los países petroleros comprenden no sólo su deber como partes de esa gran comunidad histórica que ha sido hasta ahora víctima del saqueo, la discriminación y la opresión sino también su propio interés económico y político hacia el futuro, los excedentes financieros que dimanen del precio del petróleo podrían convertirse en la fuente más importante para el financiamiento de las necesidades del desarrollo y, como consecuencia de la adquisición por estos de tecnologías industriales, ayudarían a mantener en plena producción a los países capitalistas desarrollados y propiciarían que los países socialistas participen cada vez más en la colaboración al desarrollo internacional, como es su propósito.

La estrategia que la Delegación de Cuba defenderá en esta Conferencia, para elevar la producción mundial de alimentos y evitar el hambre que ya prevalece, se basa en esa combinación internacional de factores.

Ante la Conferencia hay proposiciones de diversos países, encaminadas a organizar fondos financieros o dirigidas a establecer bancos de insumos, ya sean fertilizantes o equipos. Otros proyectos combinan el aspecto material y el financiero. Cuba se pronuncia en favor de la tendencia que reflejan esas proposiciones.

Si se quiere evitar el hambre a corto plazo y eliminarla a largo plazo, será necesario garantizar a los países que la padecen tanto los insumos para la producción a precios justos como los fondos financieros para adquirirlos mientras llegan a la etapa del crecimiento autosostenido que es el propósito de todo desarrollo económico. De nada valdría crear fondos de ayuda emergente si no se establecen a la vez las condiciones para que el hambre sea en realidad una amenaza accidental y no, como lo es hoy para numerosos países, una condición permanente.

Cuba comprende la conveniencia de crear reservas estabilizadoras de productos para impedir la dislocación excesiva de los precios. Pero esa política de reservas no debe concebirse como instrumento de servicio de los intereses de algunos países capitalistas desarrollados —como los Estados Unidos—, grandes productores y exportadores de granos a los que la reciente crisis han alertado sobre los peligros y consecuencias de actuar en un mercado sujeto a toda clase de contingencias. Lo que debe haber es una estabilización de precios que responda a los principios de eliminar el intercambio desigual y de poner a los países en desarrollo que dependen de las exportaciones agrícolas en condiciones de adquirir el petróleo y los equipos que sus agriculturas requiere. Estabilizar el azúcar a precios de 200 dólares la tonelada, o el café a 600 dólares, o el cobre a 700 sería condenar las economías de los países en desarrollo al perpetuo retraso y a sus pueblos al hambre perenne.

Se discute si es necesario establecer un nuevo organismo internacional en forma de autoridad suprema alimentaria y algunos sostienen que el manejo de los fondos que se destinen al desarrollo agrícola podrían tenerlo algunos mecanismos internacionales que hoy existen.

Cuba no se niega a discutir la posibilidad de que exista una nueva autoridad internacional, pero se pregunta si la Organización para la Agricultura y la Alimentación no surgió precisamente con el objetivo de ser un mecanismo adecuado a esos fines.

Sin embargo, Cuba se pronuncia a favor de que se cree un nuevo fondo destinado a los problemas del desarrollo agropecuario internacional, independiente de todos los mecanismos que ahora existen. No podemos ser ciegos ante el hecho de que los mecanismos creados hasta ahora son parte de un proceso histórico en el que se reflejó a la vez la guerra fría y la posición subordinada de los países del llamado Tercer Mundo. Si se quiere llegar

en el desarrollo a una estrategia realmente coordinada, que refleje el entendimiento internacional sobre estos problemas, será preciso que los países que contribuyan a ese fondo, y muy en particular los países petroleros, tengan la garantía de que el mismo no va a quedar sujeto a las contingencias políticas que hasta aquí han prevalecido en el uso de los recursos financieros creados al amparo de Naciones Unidas.

Esta no es una empresa pequeña. Reiteramos nuestro criterio de que la estimación de los fondos necesarios en los documentos presentados es todavía baja. Cuba habla por su propia experiencia. Si algún derecho tenemos a la atención de esta Conferencia es el que nos viene del enorme esfuerzo de desarrollo que nuestro pequeño país, con la participación y el sacrificio pleno de su pueblo, está realizando.

Quisiéramos situar la perspectiva alimentaria de nuestro país en el contexto latinoamericano. Cuando los documentos de la Conferencia distinguen la situación de América Latina de la de los países africanos o asiáticos, considerándola menos angustiosa, toman en cuenta las cifras globales, los per cápita nominales de consumo, y olvidan la lacerante realidad de las diferencias de ingresos. Según los estudios de la Comisión Económica para América Latina, más de 100 millones de habitantes se encuentran en condiciones de desnutrición. El dato consignado en el informe de que del 5 al 15% de los varones y del 10 al 35% de las mujeres de nuestro Continente están anémicos en grado importante, es sólo un pálido reflejo de lo que ocurre. Estadísticas poco confiables sobre la mortalidad infantil durante el primer año de nacimiento nos dan para la América Latina una media de 76 por mil. Pero se hacen más ilustrativas cuando se sabe que en Brasil alcanzan al 93.3 por mil y en Chile el promedio es de 79. En Chile, con sus crímenes, la Junta Militar fascista agrava aún más esa miseria.

Es un tópico común en la prensa europea hablar del "milagro del desarrollo brasileño". No es esta Conferencia el lugar más adecuado para impugnar ese aparente milagro pero, si se toma en cuenta que los ritmos de crecimiento económico de Brasil han impresionado al mundo entero, el contraste entre la situación del 15% de los brasileros, para cuyo beneficio se realiza ese crecimiento económico, y el resto de la población es aún más sobrecogedor. La ciudad de Sao Paulo figura entre las más ricas del mundo y allí, según el "Journal do Brasil" del 28 de Mayo de 1972, existe un coeficiente de cerca de 90 niños muertos por cada mil nacidos anualmente y el 43% de las muertes comprobadas en niños de 1 a 4 años de edad son ocasionada por la desnutrición. Los datos vienen de la Organización de la Salud. En el nordeste brasileño, donde la miseria es ya famosa, la tasa de mortalidad infantil es de 180 niños por mil nacidos vivos. De acuerdo con

el sistema salarial de Brasil, para adquirir una ración mínima alimenticia un obrero brasileño debía trabajar en 1965 14 horas y 33 minutos y en 1972 tendría que trabajar 22 horas diarias si pudiera encontrar empleo para ellas. Así golpea el hambre a la América Latina. Así golpeaba también en 1959 a una gran parte de los habitantes de mi país.

La realidad cubana es hoy otra muy distinta. En las informaciones suministradas por la FAO, que las delegaciones tienen ante sí, Cuba aparece en uno de los primeros lugares entre los países en vías de desarrollo por el grado de la alimentación de su pueblo. Pero podríamos añadir que si algunos pocos países aparecen allí con algunas calorías y proteínas más que las de los per cápitas cubanos, el per cápita que corresponde a Cuba se refiere a una distribución igualitaria de los artículos alimenticios, mientras que en otros países de violentas desigualdades en el ingreso nacional, las cifras del per cápita ocultan la diferencia abismal en el consumo de alimentos entre pobres y ricos. Por eso la tasa de mortalidad infantil ha descendido a 27.4 por mil nacidos vivos en un año y en las ciudades principales es de menos de 22 por mil.

Podemos decir con orgullo que en Cuba nadie debe acostarse sin haber disfrutado de una alimentación que, por lo que se ve en esas cifras, se acerca a los niveles del desarrollo. En las sucesivas Conferencias de la FAO hemos ido anunciando el crecimiento sostenido del desarrollo agropecuario de nuestro país y, con ello, la elevación del nivel de alimentación del pueblo cubano. Hoy, después de haberse realizado ya en la vida esos anuncios de las delegaciones cubanas podemos asegurar que para 1980 la alimentación de los ciudadanos de Cuba estará comprendida entre los parámetros propios de los países desarrollados.

Al cristalizar nuestra política de desarrollo, entre 1968 y 1973, se ven ya los crecimientos de la alimentación que en otras oportunidades anunciáramos. El consumo per cápita de leche ha significado un incremento del 26%; en consumo de pescado del 43% y en cereales del 19.5%.

Debe añadirse, además, que en nuestro país está garantizado para cada niño menor de 7 años un litro de leche al día. Que las instituciones infantiles suministran alimentos a más de 50 mil niños menores de 6 años y que esas instituciones albergarán hacia 1980 casi tres veces más niños que en la actualidad, debido a las nuevas construcciones. El internado progresivo de los jóvenes en las escuelas secundarias que radican en el campo, el establecimiento de escuelas de seminternados en las ciudades para la educación primaria y secundaria, hace que 520 mil escolares reciban hoy gratuitamente su alimentación total o parcial en el sistema escolar, cifra que contrasta con la de 75 mil becarios

en 1963 y con la falta total de atención en el período prerrevolucionario.

Cada año, en un programa ambicioso de construcciones escolares, Cuba da oportunidad de ir a los espléndidos internados en el campo a 80 mil nuevos alumnos. Hacia 1980 esa cifra anual se duplicará y el número de internados que recibirán allí en esa fecha, además de la educación, alimentación y vestuario, se acercará al millón de jóvenes.

En 1972, además de los alimentos consumidos en su hogar, casi un millón de trabajadores utilizaron el servicio de los comedores en las fábricas y centros de trabajo. Todo ello explica que la tasa de mortalidad infantil por cada mil niños nacidos vivos haya sido de sólo 27.4, en contraste con los datos de Latinoamérica que hemos mencionado, y que en algunas ciudades sea sólo de 22 por mil nacidos vivos. La mortalidad de 1 a 4 años en 1973 fue de 1.2 por mil nacidos vivos, lo que compara con los datos de los países desarrollados. Cuando se analizan aquellas enfermedades específicas en que la mortalidad de los niños está estrechamente vinculada a su estado nutricional, la superioridad alimentaria de Cuba respecto a otros países en desarrollo se hace evidente. La tasa de mortalidad por gastroenteritis en menores de un año, que era todavía en 1962 de 134.6 por 10 mil nacidos vivos, descendió en 1973 a 32 por 10 mil; la de sarampión fue en 1973 de 0.2 por 100 mil habitantes, ocurriendo el 81.8% de ese ínfimo número de defunciones en menores de 5 años. La mortalidad por tosferina en 1973 era sólo de 0.5 por cada 100 mil habitantes y se limitaba en lo fundamental al primer año de vida. La de tuberculosis es prácticamente nula en menores de 15 años, habiendo sido de 0.1 por 100 mil habitantes en 1973. Desde 1972 no han ocurrido muertes por meningitis tuberculosas en menores de 15 años.

Esa situación de la Salud Pública y de la alimentación cubanas han ganado para Cuba el reconocimiento de la Organización Mundial de la Salud.

Si se nos preguntara cómo un país en desarrollo, que hace 15 años tenía aún 650 mil desocupados —es decir, el 25% de su fuerza de trabajo— y más de un millón de analfabetos, ha podido lograr tales resultados, pese a sufrir la hostilidad constante y el bloqueo económico de los EE. UU., responderíamos con dos palabras: la Revolución.

El proceso de cambios estructurales y profundos que una Revolución supone no bastan por sí mismos para traer el desarrollo, pero son su prerrequisito esencial. Lo son, sobre todo, porque en las condiciones contemporáneas el tránsito de la miseria y el retraso al desarrollo que para los grandes países industrializados fue un proceso de casi un siglo, entraña para los que lo emprenden ahora un salto brusco que impone sacrificios, priva-

ciones y trabajos que los pueblos sólo aceptan cuando están convencidos de que trabajan para ellos mismos y no para una minoría expoliadora como ese 5 ó 10% que en casi todos los países de la América Latina son las oligarquías privilegiadas. En el fondo de los progresos de Cuba están millones de horas trabajadas voluntariamente por nuestro pueblo; están, además, cuantiosas inversiones que representaron, y siguen representando todavía, el empleo de más del 30% del producto bruto en los fines de acumulación destinada al desarrollo. Esa restricción voluntaria del consumo no puede realizarse sino por un pueblo que ha tomado en sus manos su propio destino.

Cuba, con ocho millones de hectáreas, es uno entre los casi cien países que tratan hoy de vencer el subdesarrollo agrícola. En ese empeño, todo nuestro pueblo ha dado lo mejor de sí, y decenas de miles de hombres y mujeres quemaron parte de sus vidas. Pero, además, durante más de doce años, las inversiones anuales en la producción agrícola y pecuaria no fueron nunca inferiores a los 500 millones de dólares, y en este próximo quinquenio Cuba empleará cada año casi 1.000 millones de sus recursos externos para completar, hacia 1980, lo fundamental de desarrollo agrícola.

Pero, puesto que Cuba avanza sostenidamente —y eso no se discute ya en los organismos internacionales, porque los datos, las construcciones y la producción están a la vista—, podemos añadir que sin fertilizantes, sin plaguicidas, sin tractores y sin riego, la producción agrícola de nuestros países tropicales y semitropicales no pasará de ser una rudimentaria economía de subsistencia en torno a la cual el hambre continuará rondando.

Ese es el desafío que el hambre presenta hoy a los pueblos en desarrollo, pero es, sobre todo, el desafío que la historia pone ante aquellos, desarrollados o petroleros, que disponen de los recursos que hacen falta.

Hace siete años, al abordar, en la XVI Conferencia de FAO, problemas que ahora se presentan ante nosotros con una urgencia aún más pertinaz, decíamos en nombre de nuestro Gobierno:

“Si los problemas que debatimos hoy no encuentran una solución urgente, si continúan ahondándose las diferencias entre países desarrollados y subdesarrollados, si se persiste en políticas torpes que abren más esa distancia... se planteará entonces un enfrentamiento de las sociedades hambrientas y los que medran a su costa. Lo que se reclama hoy en el debate de conferencias internacionales será exigido —como cuestión de vida o muerte— por los millones que rehusan perecer de hambre”.

Ese dilema, señor Presidente y señores delegados, está todavía hoy aún más presente. Y es propio recordarlo en un día en que se celebra el aniversario de la primera revolución socialista victoriosa de la historia.

Hace dos días se invocó en esta sala una cita de William Faulkner. Nadie ha descrito mejor que él la miseria, la humillación, el abatimiento del hombre negro en el Sur de los Estados Unidos. Para describirla, con palabras de Shakespeare tituló uno de sus libros "The Sound and the Fury".

Señor Presidente, hay en el mundo cientos de millones para los cuales la vida sólo es, como lo dijera el dramaturgo inglés: "Un cuento contado por un idiota lleno de zumbidos y de furia y que no significa nada". Estamos obligados a trabajar para que la vida de esos millones tenga un significado.

Muchas gracias, señor Presidente.